

religión; la verdad se distingue bastante del error,, (1).

¿Cómo ha surgido entonces la idea de la guerra y conquistas santas en el alma del profeta? Oigamos la respuesta de un docto orientalista: "Lo que le obligó á tomar las armas para sostener su fe fué la oposición que encontró en la Meca y el odio con que le persiguieron los Coraichitas. La suerte estaba echada; y una vez desenvainada, la espada no debía volver á la vaina,, (2). Nosotros creemos que la fuga de la Meca fué la ocasión más bien que la causa de la guerra santa; la lucha contra el cristianismo, el judaísmo y todas las religiones extrañas era inevitable. Por lo mismo que Mahoma se creía el apóstol de una ley revelada y superior á la de los judíos y de los cristianos, no podía sufrir al lado del Corán ni el Pentateuco ni el Evangelio. Si el islam se propagó por medio de las armas, es porque fué predicado á poblaciones guerreras que debían, así como los Germanos, extenderse por la tierra para suministrar un nuevo elemento á la civilización. El propio cristianismo, esa religión pacífica por excelencia, ¿no llegó á hacerse conquistador cuando fué abrazado por las razas guerreras del Norte?

Se ha dicho que Mahoma no pensó nunca en extender su creencia por toda la tierra (3). No hubiera sido revelador si, ayudándole la fortuna, no hubiera concebido aquella alta ambición. Las famosas embajadas que envió á los príncipes vecinos de la Arabia para invitarles á abrazar el islam (4) atestiguan que los proyectos del profeta estaban á la altura de su misión. Al recibir el mensaje de Mahoma, el orgulloso rey de los Persas exclamó: "¿Es así como se atrevé á escribirme un hombre que es mi esclavo?," Y desgarró el mensaje. "Que su reino sea desgarrado del mismo modo,, dijo Mahoma. Y la imprecación se cumplió. Aquellas tentativas pacíficas, por más que no tuvieran éxito, no dejan de ser un hecho notable. Las embajadas que un oscuro Arabe envía á los que se ti-

(1) *Corán*, II, 257. — TYCHSEN, *Quatenus Mohammedes alias religiones toleraverit* (Comment. Societ. Goetting., t. xv, páginas 154-156).

(2) TYCHSEN, *Quatenus Mohammedes alias religiones toleraverit* (Comment. Societ. Goetting., t. xv, p. 157).

(3) WELL, *Mahoma*.

(4) Mahoma envió embajadas al rey de los Persas, al emperador de los Griegos, al gobernador del Egipto, al rey de Etiopía y á los príncipes gasanidas (PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. III, p. 192, 204).

tulan reyes de reyes acreditan la fuerza de las convicciones religiosas que animaban á Mahoma, y prueban también que la única vía legítima para propagar una religión es la palabra: el mismo profeta de la espada ha recurrido á la persuasión antes de apelar á la fuerza.

Mahoma proclama la guerra sagrada: "Haz la guerra á los que no crean en Dios; hazles la guerra hasta que estén convertidos ó hasta que se sometan pagando el tributo,, (1). Los cristianos hacen un cargo al profeta árabe de esa apelación á las armas contra todas las creencias: el islamismo, dice *Grocio*, no se estableció más que para derramar sangre. La verdad es que la sangre juega un triste papel en todas las religiones. Judíos y cristianos no han retrocedido nunca ante la fuerza cuando el poder estaba en sus manos, y en nuestros libros sagrados se podrían recoger palabras más salvajes que la proclama de Mahoma: "¡Maldito se aquel que desempeñe con negligencia la obra del Señor! ¡Maldito aquel que impida á su espada el derramar sangre!,," (2). Esas maldiciones de *Jeremías* fueron invocadas por la *Kabala* para justificar la guerra contra los infieles (3). Al sublevar á toda la cristiandad contra los musulmanes, los papas declararon una guerra sagrada más sangrienta que la de Mahoma. El profeta árabe no quiso destruir las naciones que combatían ni traerlas por la violencia al islam; quiso convencerlas, digámoslo así, con el espectáculo de la victoria, de la omnipotencia del Dios que anunciaba. Los discípulos de Cristo habrían exterminado de buena gana á los enemigos de la cruz.

No pretendemos acusar la humanidad cristiana; acusamos tan sólo la intolerancia inherente á todo dogma fundado sobre una revelación milagrosa. "La violencia, dice *San Agustín*, es un crimen cuando se opone al servicio de una mala causa; es un beneficio, aun para aquel que es víctima, cuando se emplea en interés de la verdad.,," Esa máxima nos explica los funestos extravíos del catolicismo y de todas las religiones reveladas: todos los que emplean la violencia creen servir á la causa de Dios. Si el islam fué menos intolerante que el cristianismo, fué porque su inspiración era menos po-

(1) *Corán*, IX, 29; VIII, 10; XLIII, 16.

(2) *Jeremías*, XLVIII, 30.

(3) SALE, *Observaciones sobre el mahometismo*, sec. VI, p. 520.

derosa: Jesucristo es el Verbo, Hijo de Dios, consustancial al Padre, mientras que Mahoma no es más que un profeta. Nada más doloroso para el historiador filósofo que el espectáculo de la violencia puesta al servicio de una creencia religiosa. Importa mucho darse cuenta de la verdadera causa de las persecuciones religiosas y de las guerras de propaganda que han ensangrentado el mundo: la raíz no será destruida más que cuando lo sea el dogma de la verdad absoluta ó revelada. La humanidad no posee ni poseerá nunca la verdad absoluta; déjese, pues, completa libertad á todos los que la busquen, sean cualesquiera las sendas que tomen, que así y todo no estará por de más el concurso libre y activo de todas las inteligencias para avanzar por el penoso camino del progreso (a).

§ II.—La conquista.

Se invoca la conversión del mundo romano por los humildes apóstoles de Jesucristo como una prueba de la divinidad del cristianismo. La extensión rápida del islam no es menos milagrosa; bastó la vida de un hombre para invadir tres mundos. En vano los enemigos del mahometismo han tratado de atenuar aquellos triunfos que tienen algo de prodigioso. A darles crédito, nada era más fácil: los imperios atacados por los Arabes estaban en plena decadencia y hasta se hubieran derrumbado ellos mismos; la conquista no fué más que una toma de posesión; los vencidos pertenecían al primer ocupante. Eso es quitar á la conquista árabe su verdadero carácter: la razón de la victoria no está en los vencidos, está en los vencedores.

Al proclamar la guerra sagrada, Mahoma hizo de la conquista una propaganda religiosa. Combatir á los infieles es combatir por la causa de Dios, extendiendo la fe que ha revelado á su profeta; y

(a) No conozco partidario alguno del mahometismo que haya ido tan lejos como Mr. Laurent. Sostener con seriedad que el islamismo es de suyo más tolerante y más pacífico que el cristianismo nos parece el colmo de la exageración; se necesita estar muy obcecado para llegar hasta ese punto. ¿Es que el autor confunde la obra del fanatismo con las doctrinas? Pues es mucho confundir. Y en ese terreno debería saber que el fanatismo cristiano ha manchado la doctrina, pervertiéndola y rebajándola, al paso que lo único importante y heroico que ha hecho el islam ha sido obra exclusiva del fanatismo. Importante y heroico decimos, no bueno, porque ningún fanatismo hace cosas buenas. De las doctrinas... no hay para qué discutir. El Corán no sostendría la compasión con Séneca ni con Epicteto. Ovidio le ganaría en arte y en belleza, con ser tan bella la lengua árabe.—(N. del T.)

la victoria es segura porque Dios está con los combatientes: "Si Dios viene en vuestro auxilio, ¿quién podrá venceros?," (1). La muerte en el campo de batalla es el martirio de los musulmanes: "La espada es la llave del cielo y del infierno. Una gota de sangre vertida en el campo de Dios, una noche pasada sobre las armas, serán tenidas en cuenta más que dos meses de ayuno ó de oración. El que perezca en una batalla obtendrá el perdón de sus pecados, y en el último día sus heridas brillarán como el bermellón, y perfumadas como el almizcle, las alas de los ángeles y los querubines reemplazarán á los miembros que haya perdido. ¡Maldición á aquel que no marche al combate! ¡Su morada será el infierno!,," (2).

El llamamiento al combate *en los campos de Dios* está coronado por el fatalismo de la muerte. Aquel que muere combatiendo hubiera muerto igualmente en su casa; pero muriendo con las armas en la mano viene á ser un mártir, mientras que, permaneciendo en su casa, es casi un apóstata. Esa creencia inspiró á los musulmanes un entusiasmo y una abnegación admirables. *Khalid*, la espada de Dios, preguntó á un prisionero qué quería hacer de un saquito colgado á su cintura: "Es un veneno, respondió el cautivo, destinado á quitarme la vida si eres implacable.,,"—"El momento de la muerte, respondió Khalid, está fijado para cada uno, y nadie puede adelantarle ni retrasarle,,," y dicho esto se tragó el veneno. El héroe experimentó un violento malestar; pero se repuso muy pronto; se limpió el sudor que había cubierto su frente, y la salud reapareció en su semblante con viva animación. "Si todos los musulmanes, dijo el prisionero, son hombres semejantes á ti, debéis conquistar el mundo,, (3). El sacrificio de toda personalidad entre los Arabes es algunas veces aterrador, al menos para nosotros, los hombres de Occidente, que comprendemos tan poco la abnegación. Quinientos *Karmatas* estaban enfrente de 30.000 soldados del califa; se intima á Abu Taher, el jefe de los sublevados, á que se someta. "Vuestro jefe, dice el intrépido Karmata al enviado, tiene un ejército de 30.000 hombres, pero no tiene tres como estos,,," mostrándole tres de sus compañeros; acto seguido mandó á uno de ellos

(1) *Corán*, III, 154; VIII, 66.

(2) SALE, *Observaciones, etc.*, VI, p. 520.—*Corán*, III, 151, 162; VIII, 16; IX, 39.

(3) PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. III, p. 407.

hundirse un puñal en su pecho, al otro arrojarle al Tigris, y al tercero tirarse de un precipicio: todos obedecieron sin murmurar (1).

Nosotros admiramos el ardor de la muerte en los mártires cristianos; ¿por qué no admirar los miles de Arabes que corren á la muerte en nombre de Dios? La causa difiere, el heroísmo es el mismo (a). Asistamos al adiós que da á su madre el joven Arabe al marchar á la guerra sagrada: "¡Oh madre, voy al santo combate; quizá mi suerte sea la de mi padre y la de mi abuelo que cayeron ante la vista de nuestro bendito profeta!," La madre responde: "Hijo mio, hazte preceder en tu muerte por acciones que puedan hacerte rico en el día de la necesidad.", *Dschemil* se expone á los más grandes peligros; sus compañeros quieren que se ponga al abrigo de los dardos del enemigo, pero una voz secreta le llama al martirio, y él la responde: "Voy, acepto vuestra recompensa, envío mi alma.", La voz replica: "La recibimos, regocijate... A los que mueren en los campos de Dios no los contéis entre los muertos; viven cerca de su Señor.", *Dschemil*, alcanzado por una piedra, dice, al morir, á su amigo: "Rafia, encárgate de la noticia de que he cumplido mi destino; y cuando veas á mi madre y á mis intrépidos compañeros, dales á todos el adiós de mi parte. No lamento el haber caído, porque, en premio de mi muerte, espero que mi patria será el paraíso.", Y cuando se anuncia la muerte á su madre: "¡Oh hijo mio, dice ésta, has vivido feliz y has muerto mártir, siguiendo la senda de tu padre: téngate Dios en su gracia y que te guíe en tu peregrinación; así puedas serme útil á mí en el día de la resurrección!", (2).

Esas tradiciones son leyendas del islam, y tienen un fondo de verdad como las del cristianismo. No queremos idealizar los mártires musulmanes, como se ha idealizado á los mártires cristianos: sin duda que el botín y los placeres de este mundo sirvieron de atractivo para más de un Arabe del

(1) GIBBON, *Hist. de la decadencia del Imperio*, c. 52.

(a) Esa comparación, después de habernos dicho Mr. Laurent que Mahoma necesitó engañar á los Arabes con la doctrina falsa de la predestinación para hacerles arrostrar los peligros y la muerte en los campos de batalla, nos parece un poco zurdia. Mas heroicos eran los estoicos, que sin esperanza de ir á gozar de hermosas *húvies* ni de ver á Dios cara á cara, se daban la muerte ó la sufrían con pasmosa tranquilidad. Mr. Laurent no ha sondeado bastante los abismos del alma humana; confunde mucho las seducciones de la materia con el poder del espíritu —(N. del T.)

(2) Fragmento de *el Wahedí*, traducido por NIEBUHR.

desierto. Pero el entusiasmo religioso fué el móvil dominante. *Khalid* envía á los Persas esta proclama: "Alabanzas á Dios que hace caer vuestro imperio en disolución, que rompe la espada de vuestro poder. Unios á nosotros en la fe del islamismo, ó sed nuestros súbditos. De grado ó por fuerza recibiréis nuestra ley; os la llevarán hombres que aman la muerte tanto como vosotros amáis la vida.", (1). Se ha dicho que los generales llevaban los Arabes al combate por el atractivo de los goces que les esperaban en el paraíso. Hé aquí una alocución de un jefe á su ejército; dudamos que se encuentre una orden del día semejante en las guerras de los cristianos: "Temed á Dios, este es el mandamiento más grande y la suma de todo. Leed el Corán y alabad á Dios, porque él pensará en vosotros desde el cielo y os guiará en la tierra. Ayunad asiduamente, porque los ayunos arrojan el diablo y ayudan la fe. Amad á los pobres. No os riáis demasiado, porque la risa mata el corazón y consume el agua del semblante... El mejor temor de Dios es la continencia. Guardaos del vicio, porque es el resumen de los pecados, la cabeza del mal, la puerta de la desobediencia.", (2).

¿Habrà que añadir que ese espíritu religioso, esa abnegación y ese entusiasmo fueron los que constituyeron la fuerza de los Arabes? Durante las guerras de la revolución se vió á un pueblo animado de la pasión de la libertad venciendo á los ejércitos más fuertes y más disciplinados. Los Arabes no tenían á su favor ni el número ni la ciencia; solamente la fe los hizo invencibles (3). Conquistaron la Siria, la Palestina, la Persia y el Egipto á la carrera; un siglo después de la fuga de Mahoma á Medina, sus sucesores reinaban desde las fronteras de la India hasta el Océano Atlántico. La decadencia de los imperios conquistados por los Arabes apresuró la victoria, pero no la explica. Se ha exagerado la debilidad de los Griegos y de los Persas para amenguar el prestigio de las conquistas musulmanas. Los Griegos habían heredado de Roma la disciplina y la ciencia militar, y sus recursos eran inmensos; á pesar de su decrepitud, el imperio bizantino resistió por espacio de nueve siglos los ataques de los musulmanes. Los Persas

(1) PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. III, p. 411.

(2) Fragmento de *el Wahedí*, traducido por NIEBUHR.

(3) Son las expresiones de un gran historiador, J. MÜLLER (sus *Obras*, t. XV, p. 310).

sucumbieron más pronto, pero no sin haber opuesto una resistencia tenaz á los vencedores. Los Indos mismos, á quienes se acusa de cobardía, disputaron su terreno palmo á palmo á los conquistadores. Sin duda que había decadencia; pero era en el espíritu y en la civilización más bien que en las fuerzas materiales. La misión de los Griegos, de los Persas y de los Indos estaba cumplida; en ese sentido, bien se puede decir que pertenecían al primer ocupante. Pero esa es la justificación providencial de la conquista, que en nada disminuye la gloria de los conquistadores.

¿Qué hacía el emperador Heraclio mientras que los Arabes se apoderaban de las más hermosas provincias de su imperio? En lugar de defender el sepulcro de Cristo, disertaba acerca de la voluntad del Hombre Dios. El espíritu sutil de los Griegos se complacía en aquellas discusiones teológicas, y una de las más abstrusas es la de la voluntad de Jesucristo. ¿Hay en él una ó hay dos voluntades? La Iglesia ortodoxa sostiene que, habiendo dos naturalezas, hay también dos voluntades; pero Heraclio se pronunció en favor de la opinión contraria, y la quiso imponer á todo el imperio. ¿Hé aquí lo que había venido á ser el cristianismo en el siglo VIII! La religión de los Griegos consistía en palabras y en disputas; pero había perdido toda su influencia sobre las almas; por mejor decir, envilecía los hombres y los preparaba á la conquista extranjera: "Se vió, dice *Montesquieu*, á un general llorando en la vispera de una batalla al considerar el gran número de guerreros que iban á morir. Bien diferentes eran las lágrimas de los Arabes, los cuales lloraban de pena al saber que su general había pactado una tregua que les estorbaba derramar la sangre de los cristianos.", ¿Habrà que admirarse, en vista de eso, de que 40.000 musulmanes derrotasen un ejército de 240.000 Griegos? "No contéis á los enemigos, dice *Khaled*; no es el número el que da la ventaja, es el socorro de Dios", (1).

La victoria de los Arabes fué un beneficio para los vencidos. La opresión fiscal, que había arruinado á las Galias y á la España, pesaba también sobre las provincias del Oriente: "Los pueblos, en lugar de aquella serie continua de vejaciones que la avaricia sutil de los emperadores había imagina-

(1) PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. III, p. 446.

do, se vieron sometidos á un simple tributo, fácilmente pagado y recaudado del mismo modo, y más contentos con obedecer á una nación bárbara que á un gobierno corrompido, en el cual sufrían todos los inconvenientes de una libertad de que no gozaban con todas las horrores de una servidumbre cada día más pesada.", (1).

La Persia se hallaba debilitada por efecto de la lucha sangrienta que había sostenido contra Heraclio, y la ruina de las antiguas creencias era otra causa más fuerte de su debilidad; no quedaba á los grandes reyes más que el orgullo de sus antepasados. La conferencia que los enviados árabes celebraron con el último rey de los Persas es notable monumento del espíritu que animaba á los conquistadores: "¿Por qué se ha armado vuestra nación contra nosotros?, preguntó el rey á los Arabes.— Dios nos ha mandado, por boca de su profeta, extender la dominación del islam por todos los pueblos; obedecemos á ese mandato y os decimos: Sed nuestros hermanos, adoptando nuestra religión, ó consentid en pagarnos tributos si queréis evitar la guerra.—¿Quiénes sois vosotros, replicó el rey, para venir á atacar nuestro imperio? De todas las naciones del mundo, sois la más pobre, la más desunida, la más ignorante, la más extraña á las artes, fuente del poder y de la riqueza. De vosotros se ha apoderado una loca presunción; abrid los ojos y dejad de entregaros á ilusiones engañosas. Si la miseria os hace salir de vuestros desiertos, os concederemos víveres y vestidos.", Un Árabe le respondió con la libertad del Beduino: "Lo que has dicho de nuestra pobreza, de nuestras divisiones y de nuestra barbarie, era mucha verdad hace poco tiempo. Si, éramos tan miserables, que entre nosotros se veían hombres que comían insectos y serpientes para apagar el hambre. Y algunos daban muerte á sus hijas para no compartir con ellas los alimentos. Sepultados en las tinieblas de la superstición y de la idolatría, sin leyes y sin freno, siempre enemigos los unos de los otros, nos ocupábamos en robarnos y destruirnos mutuamente; eso éramos en verdad; pero ahora somos un pueblo nuevo. Dios ha suscitado en medio de nosotros un profeta, y nos ha dicho por la voz de su enviado: Yo soy el único Dios, Eterno, Creador del universo; mi bondad os da un guía para dirigiros. Nos-

(1) MONTESQUIEU, *Espíritu de las leyes*, XIII, 16.

otros hemos creído en la misión de Mahoma... El ha iluminado nuestras almas, ha extinguido nuestros odios y nos ha reunido en una sociedad de hermanos. Después nos ha dicho: Acabad mi obra, extendid por todas partes el imperio del islam: la tierra pertenece á Dios; él os la da ahora... Ya nos conoces, y en tu mano está la elección: ó el islam, ó el tributo, ó la guerra á muerte,, (1).

Una batalla de tres días puso fin al imperio de los Persas. Nada prueba mejor la superioridad de los conquistadores árabes que la conversión de los adoradores del fuego. Los discípulos de los magos estaban contados entre los *pueblos de la ley*, á los cuales el vencedor dejaba su religión mediante el pago de un tributo (2). No se empleó contra los magos medio alguno de violencia; fué una deserción insensible, pero general, la que puso fin al culto antiguo de Zoroastro. Los guebrós, último resto del mazdeísmo, no son otra cosa que una protesta como la de los judíos contra la pretensión del mahometismo y del cristianismo de absorber todas las religiones en una sola creencia (3).

Dueños de la Persia, la ambición de las conquistas y el espíritu de propaganda empujaron á los Arabes hasta los países bañados por el Indo y el Ganges. Alejandro, obligado á detenerse en su marcha aventurera, no entró en la tierra sagrada de los brahmanes, y las semillas de la cultura helénica que depositó en el lejano Oriente dejaron intacto el edificio del brahmanismo. Los Arabes conquistaron poco á poco toda la India, y el islam fué para los Indos una verdadera revelación. La doctrina brahmánica se perdía en los ensueños del panteísmo, mientras que las masas estaban entregadas á un politeísmo monstruoso. Los vencedores, fieles á su ley, comenzaron por hacer una guerra encarnizada á la idolatría indiana, y Mahmud el Gaznevida hizo arrasar por centenares los templos y romper por millares las estatuas. La pagoda de Sunnat gozaba los tributos de 2 000 aldeas y la servían 2.000 brahmanes; el templo era una fortaleza, y fué necesaria una lucha sangrienta para tomarle. Mahmud descargó su maza de hierro sobre la cabeza del ídolo; se dice que los sacerdotes ofrecieron millones por rescatarla, y los oficiales de

(1) PERCEVAL, *Hist. de los Arabes*, t. III, p. 474-479.

(2) RELAND, *Disertac.*, t. III, p. 15.

(3) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. I, p. 102.

Mahmud le instaban para que aceptase el rescate y que le destinase al socorro de los fieles: "Vuestros razones son especiosas, respondió el sultan, pero Mahmud no será jamás un comerciante de ídolos." Una gran cantidad de perlas y de rubies, escondidos en el vientre de la estatua, explicó las ofertas generosas de los brahmanes y recompensó la fe del vencedor (1). Sin embargo, los conquistadores se causaron de aquella guerra contra la idolatría, y acabaron por pactar con los Indos, como habían pactado con los cristianos y los Persas; un tributo aseguró á los idólatras la libertad de su culto.

La India fué el término de la conquista árabe en Asia. Dos continentes se ofrecían aún á su fogaosidad invasora. El Africa pertenecía á los emperadores griegos, y la agitaban profundamente disensiones religiosas en la época en que los Arabes salieron de sus desiertos. Los Egipcios habían abrazado la creencia de los monofisitas; el odio que tenían á los Griegos ortodoxos les arraigó más en su herejía, y acogieron á los Arabes como á sus libertadores. Había en Memfis un gobernador que pertenecía á la secta de los Coptos, el cual quiso mejor tratar con el teniente de los califas que pelear por el sostenimiento del despotismo bizantino. Oigamos la relación de los enviados que diputó á Amru: "Los musulmanes prefieren la muerte á la vida; no se cuidan ni de la grandeza temporal ni de los goces de este mundo. Su jefe no se distingue en nada de sus compañeros; no se encuentra diferencia alguna entre los grandes y los pequeños, entre los amos y los esclavos. Cuando llega la hora de la plegaria, nadie falta, todos rezan con la mayor devoción." Vencedores tan religiosos y tan modestos valían más que los orgullosos tiranos de Constantinopla. El teniente de Omar se trasladó de Memfis á Alejandría, como si estuviera en país amigo, sin adoptar precaución alguna para su seguridad; en su trayecto, los Egipcios reparaban los caminos y los puentes; le suministraban víveres y le instruían de todo lo que hacían los Griegos, únicos enemigos que tenía que combatir. No se puede negar que la dominación de los Arabes fué más dulce y más bienhechora que la de los emperadores cristianos. Hé aquí una prueba de ello: cuando los Griegos trataron de reconquistar el

(1) GIBBON, *Hist. de la decadencia del Imperio*, c. 57.

Egipto, los Coptos siguieron el partido de los Arabes contra sus antiguos señores (1).

El Africa cartaginesa, reconquistada de los Vándalos por Belisario, obedecía á los emperadores de Constantinopla. Allí, como en todas partes, la dominación griega era intolerante y opresiva. Los Africanos resistieron por de pronto á los Arabes; y para recompensarles, la corte de Constantinopla echó un nuevo tributo sobre una provincia asolada y extenuada por amigos y enemigos; desesperados, los africanos ortodoxos y herejes, sin distinción de creencia, llamaron á los Arabes, y todos á la vez renunciaron al culto y á la dominación de sus tiranos. Los Arabes fueron los primeros conquistadores del Africa que se fundieron con la población indígena, y como los Moros, por su género de vida, se asemejaban á los Beduinos del desierto, adoptaron el idioma y la religión de los vencedores. Sin embargo, el Africa decayó bajo el régimen musulmán y vino á ser el patrimonio de los piratas sarracenos y turcos. Pero ¿se puede atribuir esa decadencia al islam? Hay que deplorar que las costas donde floreció Cartago, donde murió mártir San Cipriano y donde meditó y escribió San Agustín llegasen á ser guaridas de piratas; pero sería injusto imputar la barbarie africana á los Arabes (a), porque esos mismos Arabes conquistaron la España, y bajo sus pasos floreció la más brillante civilización.

Un ardor insaciable de conquistas religiosas inflamaba á los hijos del desierto. Se dice que el vencedor del Africa metió su caballo en medio de las olas del mar y exclamó: "Gran Dios, si yo no me viera detenido por ese mar, iría hasta los reinos desconocidos del Occidente, predicaría en mi camino la unidad de tu santo nombre, y pasaría á cuchillo á las naciones rebeldes que adoran otro Dios." La traición abrió las puertas de España á los Arabes. Muza pidió al califa Walid que le permitiese llevar sus armas y la fe del profeta á un país que se le pintaba á la Siria por la belleza del cielo y de la tierra, al Yemen por la dulzura del

(1) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. I, p. 104, 105, 109.

(a) El argumento no nos parece nada conveniente. Los Arabes conquistaron á España en una batalla. También los Suevos y los Alanos y los Vándalos y los Godos, y eran Bárbaros. Y el islamismo, floreciente en España, se eclipsó en España y degeneró como en África y produjo lo que no podía menos de producir: el desorden y el caos, la postración y la muerte. Sus días de brillo no fueron debidos á la influencia del Corán.—(N. del T.)

clima, á las Indias por sus flores y sus perfumes, al Egipto por sus frutos y á la China por sus metales preciosos. La predicción de Mahoma parecía que iba á cumplirse: el Oriente estaba sometido, y el Occidente se abría á las armas de los conquistadores (1).

Los Arabes desembarcaron en España en la primavera de 711; al principio del año 713 ya había gobernadores musulmanes en todas las ciudades españolas contiguas á los Pirineos. Esa conquista tan rápida se hizo por un puñado de Arabes y de Bereberes (2). Los restos de los Visigodos batidos en Guadalete eran más numerosos que el ejército de los vencedores. Se ha atribuido el éxito fácil de éstos á las discordias intestinas de los cristianos, á la traición y á la decadencia de los conquistadores germanos (3). En España, como en las demás partes, esas causas no fueron más que secundarias (a); fué el entusiasmo religioso el que realizó el prodigio. La guerra era siempre una guerra santa, y el guerrero árabe al propio tiempo un creyente. El jefe del ejército era el sacerdote, daba la señal de la plegaria, pronunciaba sus palabras y recordaba á los soldados los preceptos del Corán. Más de una vez se vió á un ejército musulmán que se preparaba al combate con el ayuno; y en los extremos peligros, la invocación del nombre de Dios y del profeta hacía prodigios. Un general árabe, en el momento de librar una batalla en que era necesario vencer ó morir, pronunció la plegaria de costumbre, pero omitiendo el nombre del califa; sus oficiales, creyendo que era una distracción, se lo advirtieron. "Sabed, respondió Muza, que estamos en un lugar y en un momento en que no debe ser invocado ningún otro nombre más que el de Dios altísimo," (4).

(1) VIARDOT, *Ensayo sobre la historia de los Arabes en España*, tomo I, p. 18.

(2) FAURIEL (*Hist. de la Galia meridional*, t. III, p. 46) dice que la masa de los conquistadores no pasaba de 50.000 hombres.

(3) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. I, p. 5 y 515.

(a) Somos de la opinión contraria: creemos principales las causas que el autor llama aquí secundarias. Sin las rivalidades y la discordia entre los Hispano-Romanos y los Godos, ¿cómo habría podido dominar á España un puñado de Arabes y de Bereberes? Éstos eran bravos, aguerridos, es verdad; el fanatismo religioso les daba un ímpetu incontrastable, es cierto. Pero fueron vencidos, antes que en Poitiers, en Covadonga, y después en las Navas de Tolosa, cuando eran muchísimos más que en las orillas del Guadalete. Después de todo, el hecho del retroceso del Africa á la barbarie es patente y arguye contra las extrañas opiniones de Mr. Laurent de una manera incontestable.—(N. del T.)

(4) FAURIEL, *Hist. de la Galia meridional*, t. III, p. 48-50.

Tales eran los conquistadores de la España. Y se mostraron tan superiores á los vencidos por su cultura como por su heroico valor. La España no ha estado nunca ni más poblada ni más rica que bajo la dominación de los Arabes. Córdoba encerraba un millón de habitantes, 200.000 casas, 600 mezquitas, 50 hospitales, 800 escuelas públicas y 900 baños. Se contaban 12.000 pueblos en las márgenes del Guadalquivir; toda la Andalucía entera no cuenta hoy más que 800 (1) (a). La España vino á ser el órgano por el cual la civilización árabe se comunicó al Occidente.

La ambición de los conquistadores era tan ilimitada como el poder del Dios único que predicaban combatiendo; al decir de los historiadores árabes, el vencedor de la España se proponía llevar el Corán por todo el mundo occidental, yéndose á reunir con sus compañeros en Asia, después de haber destruido el imperio de Constantinopla (2). Ese proyecto gigantesco se estrelló contra el denuevo de los Galo-Francos. Se ha celebrado, y con razón, á Carlos Martel, el martillo de los Sarracenos, como al salvador de la Europa. Una parte de esa gloria pertenece á los Aquitanos, que fueron los primeros que hicieron sufrir una derrota sangrienta á los sectarios de Mahoma (b). La batalla de Poitiers no debe hacernos olvidar la de Tolosa. El jefe árabe dice á sus guerreros: "No temáis á esa muchedumbre; si Dios está con nosotros, ¿quién podrá contra nosotros?," Pero la raza musulmana

(1) VIARDOT, *Ensayo sobre los Arabes de España*, t. II, páginas 82, 83.

(a) Viardot, á cuyo testimonio se refiere Laurent para afirmar hechos progresivos y tesis casi absurdas, no ha escrito historia, sino novela; y así como el dar crédito á los cronistas cristianos cuando hablan de los moros muertos en las batallas es ocasionado á graves equivocaciones de número, el creer á pie juntillas á Viardot y á Lembke sobre las maravillas que encerraba el califato de Córdoba es expuesto á grandísimos errores. La época del califato de Córdoba fué brillante, dada la época, es muy cierto. Pero nada tiene que ver ese destello de luz, como ni el mismo de Bagdad, con el Corán y su doctrina. Las guerras, los triunfos, las conquistas, en que cayeron y acabaron por suavizar, civilizar é ilustrar á los Arabes, que, una vez en posesión de las riquezas del Oriente y de sus tesoros de todo género, los derrocharon entre orgías, larguezas y espectáculos de sangre, actos de ferocidad y de venganza y actos de generosidad y de hidalguía. Si los Orientales, los Persas, los Hebreos, los Egipcios, los Griegos y los Romanos los que los civilizaron y los que les dieron sus luces; y éstas, y no las del Corán, fueron las que produjeron el espectáculo pasajero y luminoso de Bagdad y de Córdoba. Algo se aprovechó de él la España bárbara; no hay por qué negarlo. Pero bárbara y todo, progredió con el Evangelio por labaro, mientras que los Arabes retrocedieron y sucumbieron con el Corán por enseña. — (Nota del Traductor.)

(2) CARDONNE, *Hist. de los Arabes*, t. I, p. 95, 96.

(b) Ni la de Covadonga, ni otras ciento anteriores y posteriores á la de Poitiers, que no ganó sólo Carlos Martel. — (N. del T.)

se encontraba en presencia de una fe no menos viva y de un valor no menos grande. Los escritores árabes colocan el día de la derrota de Tolosa entre los días nefastos del islam; quince siglos después era todavía asunto de una conmemoración solemne. Todos los jefes perecieron; y si se cree á un historiador, no escapó ni un solo hombre (1).

Los Arabes reunieron todas sus fuerzas para vengar la sangre de sus mártires, y encontraron en las llanuras de Poitiers á Carlos Martel con sus Francos. Oigamos la relación que los cronistas hacen de aquella batalla, que es uno de los grandes hechos de la historia: "Los Francos estaban en fila como una pared inmóvil, como un muro de hielo, contra el cual venían los Arabes armados á estrellarse sin hacer en él impresión alguna; avanzaban y retrocedían con rapidez; pero los Germanos, robustos y valerosos, segaban á los musulmanes con su mano de hierro," (2). Todos los historiadores saludan la victoria de Poitiers como uno de esos acontecimientos que deciden la suerte de la humanidad. "La Europa, dice Sismondi, debe aun hoy mismo su existencia, su religión, su libertad, á Carlos, el martillo de los Sarracenos," (3). Aunque nosotros no partipamos del soberbio desprecio que los escritores cristianos afectan por la barbarie musulmana, nos unimos á ellos para glorificar al vencedor de los Arabes. La Iglesia ha sido ingrata con el héroe que salvó la cristiandad; la leyenda le relegó á los infiernos porque entregó los bienes eclesiásticos á sus guerreros; la historia, más justa, le coloca entre los grandes hombres de la Edad Media. Carlos Martel decidió la lucha de las dos razas y de las dos religiones; la batalla de Poitiers dividió el mundo entre el Corán y el Evangelio: al uno el Oriente, al otro el Occidente.

Después de la batalla de Poitiers, la lucha de los Arabes con la cristiandad ya no tiene importancia; las hostilidades degeneran en vandalismo y piratería, las conquistas cesan (a). Gibón dice

(1) FAURIEL, *Hist. de la Galla meridional*, t. III, p. 77-80.

(2) *Chron. Isidori, Episcopi Pacensis*, ad a. 73 (BOUQUET, tomo II, p. 721). RODERICI TOLETANI, *Hist. Arabum*, c. 14 (*Ibid.*, nota).

(3) SISMONDI, *Hist. de la decadencia del imperio romano* c. 15. — J. MÜLLER, *Hist. árabe*, XII, 67. — GIBBON, c. 51.

(a) Á la vista de semejante aserto, lo mejor que podemos decir es que Mr. Laurent no conoce bien la *Historia de España*. De lo contrario, sabría que algo más eficaz y más gloriosa que la batalla de Poitiers fué la lucha de siete siglos que España sola sostuvo contra todo el poder del islam. Y no lo demostramos, porque es axiomático en historia. — (N. del T.)

que la doctrina demasiado razonable del islam sobre la unidad de Dios es la única causa que ha impedido sus progresos. Digamos mejor que Dios detuvo á los Arabes con el brazo de Carlos Martel, porque el Corán se puso en contacto con una doctrina religiosa que, no obstante el elemento sobrenatural que á ella se mezcla, es superior al dogma mahometano.

§ III.—Derecho de gentes.

N.º 1.—Los conquistadores.

Un escritor cristiano compara la conquista árabe á uno de esos cataclismos físicos, como los huracanes y los incendios, que asolan sin dejar ningún germen de porvenir; á creerlos, la invasión de los pueblos del Norte fué pacífica si se compara á la inmigración de los Bárbaros del Mediodía (1). La verdad es que los Bárbaros del Norte fueron instrumentos ciegos en la mano de Dios para destruir una civilización decrepita y podrida; ellos mismos se llamaban el azote de Dios. Los Arabes fueron misioneros armados de una religión nueva que tenían conciencia de su misión; y lo que les llevó de conquista en conquista no fué el furor de la destrucción (a), no fué la ambición vulgar del conquistador, sino la voz del profeta, que les excitaba á difundir el islam por el Oriente y el Occidente. Bárbaros semisalvajes, los pueblos del Norte comenzaron por arruinar lo que quedaba de cultura intelectual, hasta el punto de que los siglos en que dominaron se han llamado la noche de la Edad Media, teniendo que recibir de los vencidos su cultura, su religión, sus leyes y su mismo idioma. Los Arabes no eran ya Bárbaros cuando se lanzaron á la conquista del mundo; existían entre ellos gérmenes de civilización que se desarrollaron con una rapidez y un brillo tan maravilloso como sus victorias, y su civilización la llevaron á los pueblos vencidos (2). Los

(1) CANTU (t. VIII, p. 478) ha tomado de J. SCHLEGEL la comparación con una colonia pacífica de la invasión de los Bárbaros (*Filosofía de la Historia*, lec. XII).

(a) No hay más que ver las luchas intestinas y las rivalidades y las discordias que entre ellos surgieron el día después de la victoria. En España mismo, Arabes, Sirios y Bereberes se despedazaron por causa del botín. El autor se olvida de lo que el mismo ha tenido que confesar: que sin duda el botín y los apetitos materiales impulsaban á más de un Árabe. Pero arabiza demasiado. — (N. del T.)

(2) HERDER, *Ideas, etc.*, XIX, 5. "Bienhechores de los pueblos que habían conquistado, ya por sus descubrimientos, ya por medio de las ideas que iban esparciendo, su influencia se hizo sentir á largas distancias en todo el sistema del mundo civilizado."

Bárbaros del Mediodía, á quien se acusa de haberlo destruido todo, fueron los que avivaron el sagrado fuego de la ciencia y de la filosofía en Europa.

Voltaire dice que "los Arabes eran un pueblo de bandidos; que robaban antes de Mahoma adorando á las estrellas, y que robaban con Mahoma en nombre de Dios." Verdad es que los Arabes del desierto son nómadas y ladrones; la naturaleza, digámoslo así, les ha hecho tales. La Arabia está cubierta, en parte, de montañas áridas y de arenales en los que se encuentran pequeños oasis, y los Arabes viven bajo su tienda, por lo general de la rapiña, para suplir á lo que el suelo les niega. Ellos justifican sus merodeos diciendo que, en la repartición de la tierra, las otras ramas de la familia humana han obtenido climas ricos y bellos, mientras que al infortunado Ismael le cupo en suerte un país de desiertos, y que su posteridad tiene el derecho de recabar por el artificio y la violencia la porción de herencia de que injustamente ha sido privada (1). Pero esos bandidos del desierto son al mismo tiempo el pueblo más hospitalario del mundo: el extranjero que pone el pie en sus tiendas se convierte en un ser sagrado. Diríase que el Árabe siente la debilidad del hombre cuando lucha con la inmensidad del desierto y con los terrores de la naturaleza, y que el instinto de la humanidad le inclina á ser compasivo con el desgraciado caminante, para guiar al cual y mostrarle el camino de la tienda hospitalaria suelen encender hogueras en la cumbre de las montañas. Entre dos tribus de una misma familia estalló una guerra á muerte por la del camello de un huésped cuya sangre pedía expiación (2). Un pueblo que practica la hospitalidad con esa previsión y ese entusiasmo no es un pueblo de ladrones. El sentimiento de la humanidad, esa flor de la civilización que se había desarrollado entre ellos, produjo actos admirables de delicadeza. El mismo Voltaire ha celebrado las luchas de generosa amistad que ilustran los anales de los habitantes del desierto (3). Referiremos algunos rasgos poco conocidos de un Árabe que es, por decirlo así, el ideal de su raza.

Hátim, como todos los héroes árabes, era á

(1) SALE, *Observaciones sobre el mahometismo*.

(2) FULGENCIO FRESNEL, *Cartas sobre la historia de los Arabes antes del islamismo*, I, 27, 16, 20.

(3) VOLTAIRE, *Diccionario Filosófico*, en la voz Arabes.